

# Dios y el sentido del terremoto



Sergio Armstrong Cox

*Profesor de Biblia, Universidad Católica del Maule*

Dios puede llenar de su plenitud y eternidad nuestros limitados gestos de comunión y solidaridad, si lo dejamos.

Un componente esencial de nuestra confianza y seguridad en la vida es la firmeza y estabilidad del suelo que pisamos. Muchos de nuestros dichos lo expresan: quien vuelve de navegar, pisa “tierra firme”; una cosa que está a ras de tierra no se puede caer porque “más abajo del suelo no pasa”, y tantos otros. El entorno que nos rodea constituye normalmente nuestra patria, el terruño nuestro en el que nos sentimos a salvo.

Por eso nos desajusta tanto un terremoto. Desde luego, conmueve a aquellos que han perdido seres queridos o todos los bienes que poseían. Pero a los que hemos salido bien librados también nos sacude. El miedo que nos causa un sismo tiene algo atávico y por eso no desaparece del todo, incluso

cuando un experto nos asegura que las grietas de la casa son superficiales. Nuestras raíces vitales se hunden en la tierra, en el propio suelo que nos da seguridad.

Un terremoto sacude también nuestros cimientos vitales y nos obliga a preguntarnos por las grietas que tiene la construcción de nuestra vida: ¿son solo de estuco o afectan al muro mismo? ¿Sobre qué cimientos o sobre qué terreno estamos fundando nuestra existencia? Este es un buen momento para hacerse la pregunta y evitar así desperdiciar la vida en una construcción o en un camino que, finalmente, no nos conducirá a la felicidad que anhelamos. Es el momento de relativizar lo secundario o, sencillamente, de deshacerse de él para quedarse con lo fundamental.

## RECORDAR QUE PERTENECEMOS A UNA SOCIEDAD

El sismo viene a recordarnos que pertenecemos a una sociedad, a un país, a una comunidad humana de la que dependemos y que de nosotros depende. Estamos vinculados unos a otros de manera muy radical. Hasta el más solitario y antisocial de los hombres tiene alguna dependencia del arquitecto y de los trabajadores que construyeron el lugar donde vive. Incluso le puede costar su vida una eventual falta de seriedad de ellos.

Es una oportunidad para conocer a los vecinos, colaborar con ellos, compartir, al menos mínimamente, lo que se tiene y se es. Muchos chilenos han mostrado una conmovedora capacidad de solidaridad: los jóvenes (¡sí, esos mismos a los que con tanta facilidad los adultos criticamos!) han trabajado —y mucho— recolectando alimentos, preparando paquetes de ayuda, construyendo mediaguas. Otros han aportado comunicación, comprensión y sentido común, como nuestra radio Paloma, de Talca. Hay quienes han arriesgado su integridad física y su vida, defendiendo su barrio; otros han aportado un dinero que no les sobra.

Están, ciertamente, los saqueadores. No solo los que robaron almacenes y casas particulares, sino también los que acapararon bienes de primera necesidad a costa de perjudicar a otros. Se han hecho presentes también los “saqueadores legales”, aquellos que lucraron y siguen lucrando con el dolor de sus compatriotas, subiendo precios, no solo de alimentos, sino también del arriendo de sus inmuebles (a veces, triplicando el monto), extendiendo la magnitud de la crisis. En los terremotos, como en otras catástrofes, sale lo mejor y lo peor del corazón humano. En un plano más amplio, a nivel del país, la gran disyuntiva es si los fondos asignados a la reconstrucción de las viviendas, escuelas y comercios caídos van a ocupar un lugar central del presupuesto de la nación o un porcentaje marginal. Como siempre, la asignación de los recursos será un fiel reflejo de nuestros valores o prioridades reales como nación. Dado nuestro centralismo, podría pasar que la vida siguiera igual en Santiago y la magnitud de la catástrofe y el dolor de tantos se terminara minimizando y, finalmente, olvidando. Sin duda, es una ocasión para revisar nuestro proyecto de ciudad y de país.

## NI PRUEBA NI CASTIGO

¿De qué modo se hace presente Dios en el terremoto? ¿Qué sucede con Él? ¿Por qué permite un acontecimiento semejante? Desde luego, debemos evitar la idea de un Dios que nos envía el sismo como una prueba a nuestra fe o amor, o como sanción por nuestras fallas. El Dios de Jesucristo no pone a prueba ni castiga. Puede verse esto en que no hay un solo milagro en los evangelios que signifique un daño a un ser humano y en que

cuando Jesús usa el lenguaje del premio o del castigo siempre lo hace en singular (como puede comprobarse fácilmente con una concordancia bíblica). Esto quiere decir que, para Él, la recompensa la constituye la entrada al Reino de Dios y el único castigo es quedarse fuera de él, lo que en realidad es un autocastigo. Jesús deja atrás las viejas concepciones de castigo y puestas a prueba del Antiguo Testamento, que están tan arraigadas en su cultura y que por eso perviven en algunos textos del Nuevo (por ejemplo, Heb 12, 4-13, y el legendario milagro de castigo de Ananías y Safira en Hch 5, 1-11).

¿Por qué Dios permite el terremoto si Él es bueno y nos ama? En realidad, no es que Dios permita el terremoto; sino que lo permite todo (lo que no significa que apruebe todo). Él respeta la autonomía del mundo porque es la base de la autonomía humana, de la libertad. En la Edad Media se creía en un mundo natural perfecto y terminado, con un orden en que todo estaba predeterminado por Dios, salvo la capacidad de decisión humana. Ciertamente, se trataba de una ilusión: en el reino del determinismo no puede surgir la libertad; nuestra relación con el cosmos y con la vida es demasiado estrecha como para que ello sea posible.

Dios actúa en el mundo de un modo que respeta su evolución, tan llena de cosas maravillosas como de aberraciones. Nuestro mundo está lejos de estar terminado y de ser perfecto. Para qué hablar de la situación de la humanidad.

De modo que el aprecio de Dios por nuestra libertad puede ser la explicación de que no nos evite el terremoto. Por eso nos invita a asumir el sufrimiento, a superar nuestro miedo y aprovechar la ocasión para ejercer nuestra solidaridad y reconstruir nuestras ciudades sobre otras bases, humanas y materiales.

## ÉL COMPARTE NUESTRA CONDICIÓN

Dios no solo respeta la evolución de nuestro mundo natural y la libertad nuestra, también las vive y sufre. En el Crucificado, ha querido compartir nuestra condición humana terremoteada, frágil, y la situación de una sociedad profundamente dividida y desgarrada como la de entonces, que Él quiso congregarse y unir, y que lo terminó matando. Pero, al asumir esta condición humana, Dios la redime. El Crucificado se transforma en el Resucitado y sigue haciéndose presente mediante el Espíritu, y con ello crea las posibilidades de un nuevo tipo de comunidad entre los hombres.

Dios puede llenar de su plenitud y eternidad nuestros limitados gestos de comunión y solidaridad, si lo dejamos. Puede hacernos vislumbrar, desde ya, en medio de la catástrofe, el mundo nuevo que Jesús anunció y que, aunque temporalmente pertenezca a un futuro lejano, puede hacerse presente parcialmente en nuestro aquí y ahora, si le abrimos las puertas. Como dice el libro del Apocalipsis: “Mira, que estoy en pie junto a la puerta y llamo. Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él, y él conmigo”. **MSJ**